

EL CASTELLANO

CON CENSURA ECLESIASTICA

Punto de suscripción y venta.

Toledo: D. Elías Galán, Comercio, 62.

Anuncios económicos.

Redacción y Administración: Lechuga, 13.—Teléfono 12

Se publica martes y sábados.

Suscripción.

Un año..... 6,00 pesetas.
Número suelto..... 0,10
Idem atrasado..... 0,15

Pago adelantado.

Carácter popular

de la acción social

Discurso del Ilmo. y Rvmo. Sr. Obispo de Badajoz, pronunciado en la Semana Social de Sevilla.

EXCMO. Y RVMO. SEÑOR:
SEÑORES EXCMOS. É ILMOS.:

SEÑORES:

No defino la acción social, porque ya se ha hablado mucho de esto y sabéis muy bien que es el movimiento de los que están en las alturas en favor de los caídos, de los ricos en favor de los pobres, de los sabios en favor de los ignorantes, de los poderosos en favor de los desvalidos, de los sanos en favor de los enfermos; pero movimiento que ha de ser por Dios, en Dios y para Dios.

Por Dios, porque lo manda Dios. A mí no me gobierna nadie que no lo haga en nombre de Dios. Por Dios, que es el que puede mandar, ó por quien tenga autoridad de Dios. En Dios, porque sin su auxilio, ¿qué puede el hombre?... En Dios, y con su gracia, vengán tempestades y persecuciones, que no dejaremos la acción social. Para Dios, porque sin poner á Dios por último fin, pronto nos causaremos y desfalleceremos en el camino del bien obrar.

Y así, la acción social católica se distingue de otras dos acciones sociales que hay en el mundo; la acción diabólica y la acción filantrópica: la diabólica, que se ejerce por Satanás para perder á los hombres, y la filantrópica ó la farisaica, que consiste en moverse en favor del hombre, como hombre, sin relación á Dios, ó para que el mundo lo vea y lo aplauda.

Explicada así la proposición, afirmo que la palabra *popular* equivale aquí á *universal*; de modo que, decir que la acción social católica debe ser popular, es lo mismo que decir que debe ser universal: universal, por razón del sujeto activo; universal, por razón del sujeto pasivo, y universal, por razón de la acción misma. O en términos más claros: la acción social debe ser universal, porque todos debemos practicarla; universal, porque debemos remediar á todos los necesitados, y universal, porque ha de abrazar toda clase de beneficios.

Veamos, pues, cómo debe ser universal porque todos estamos obligados á la acción social católica.

No entraré ahora á determinar los casos y las circunstancias que hacen obligatoria é ineludible á todos los hombres por estricta justicia la acción social; porque esto nos llevaría muy lejos, y me basta con decir lo que Cristo contestó á aquel Doctor de la Ley, que le preguntó: «Maestro, ¿cuál es el gran Mandamiento de la Ley?»

Y Cristo le contesta: Amarás al Señor tu Dios, de todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todo tu entendimiento, y con todas tus fuerzas. Este es el mayor y el primer Mandamiento; y el segundo (no le preguntaron por el segundo), que se parece á éste, *amarás al prójimo como á tí mismo*. En estos dos Mandamientos está contenida toda la Ley y los Profetas. Ya veis cómo á todos es obligatorio el amor al prójimo, es decir, que todos debemos ejercitarnos en la acción social.

Yo no quisiera decir palabras ofensivas para nadie. Veo á esta generación que sale de Jerusalén, mansión de paz, donde está la verdad religiosa, moral y social, y se va camino de Jericó, que significa disminución, por ese mundo en el cual los hijos de los hombres están *diminuyendo las verdades*, como dijo el Salmista, y caen acá y allá por caminos no buenos millares y millares de hombres heridos mortalmente, y sólo un Samaritano se acerca á curar al herido.... ¡Ay de nosotros los ministros de la Religión, si algún Samaritano se nos adelanta y nos arrebatara la gloria de ir á la cabeza de la acción social católica.

También los ricos si no ejercitan la acción católica. Había un rico que habitaba un suntuoso palacio; vestía de púrpura y de finísimo lino; banquetaba cada día; tenía sus cajas llenas de oro y sus trajes de trigo y sus bodegas de vino y aceite, y á la puerta de su casa estaba un pobre, hambriento, llagado y desnudo, que deseaba alimentarse con las migajas que caían de la mesa del potentado y no se lo concedían. Y ¿qué pasó? Que murió el rico, á pesar de su riqueza, y murió el pobre para descanso de sus dolores, y el rico bajó al infierno y el pobre fué llevado por los Angeles al seno de Abraham, y entonces se cambiaron los papeles. El rico, abrasado en ardentísimas llamas, pedía al Patriarca Abraham que mandara á Lázaro con el dedo mojado en agua para refrigerar sus labios, y Abraham le contestó: «Ya no hay para tí consuelo; tiempo tuviste de ganar lugar preferente en esta mansión ejercitando la *acción social* con tus riquezas en favor del pobre, hambriento y llagado, que mendigaba á las puertas de tu palacio.»

Señores, hay muchos samaritanos heridos en el corazón que se desahogan, y muchos Lázaros hambrientos que desfallecen.

REFLEXIÓN INFANTIL

Tenía ya cuatro años cumplidos y se llamaba Ricardín, un niño ideal, de cabellos rubios y ojos negros, que contrastaban en su rostro sonrosado de ángel.

Quería ser cadete de infantería, llevar al cinto un reluciente sable y hermosos dorados en la bocamanga de su guerrera de safén.

— ¡Tú serás cura!, declamó por el placer de verle enfadado.

Y el niño de ensortijados cabellos clamaba en protestas, con una seriedad de magistrado.

— Yo quiero ser cadete, protestaba, y mi tío, que es oficial del ejército, quiere que lo sea y me comprará un sable, y un ros, y una teresiana, y una guerrera, y un pantalón colorado con franjas azules.... Y callaba de repente mirando á los reunidos que así le contrariaban por el placer de verle enfadado.

Una tarde el niño estaba triste, muy triste; alguna lucha se trababa en su infantil imaginación.

— ¿Qué tiene el nene?

Y seguía callado, mirando los cuadros de la habitación, como deseando encontrar en ellos la pregunta que nadie sospechaba, y su mirada fíjose en un cuadro, imagen de Cristo, y preguntó:

— ¿Por qué tiene sangre en la frente Nuestro Señor?

— Porque los judíos se la hicieron, contestó su madre.

— ¿Y por qué no matan á los judíos con el sable?, replicaba ausioso.

— Porque entonces no había cadetes y los curas no tenían sables, contestóle un Sacerdote de los allí congregados. Además, como tú vas á ser cadete, ya te encargarás de la venganza de Nuestro Señor, matando á todos los judíos con el sable.

— ¿Por qué los curas no tienen sable?, preguntó.

— Porque los curas no lo necesitan, y para desagrarar al Señor de aquella muerte afrentosa, emplean el arma sagrada de la oración.

Calló el niño de ojos negros y rubios cabellos, y cuando al otro día se despertó temprano, dijo:

— Yo quiero ser cadete.... y cura.

El niño dijo una gran verdad; no basta practicar la doctrina, es necesario defenderla.

R. M. Torres.

Toledo 1-2-910.

RAZÓN Y FE

IX

Hay en las criaturas, además de aquella virtud productora que llega hasta la paternidad personal en el hombre, y además de aquella unión entre la causa y el efecto, entre el principio y su término, que llega hasta la intimidad indivisible del entendimiento y su verbo en el espíritu humano, otro fenómeno, otra propiedad que completa y redondea las anteriores; y es, la inclinación, la tendencia que todos tienen hacia el bien conveniente á su naturaleza; tendencia que en los cuerpos se llama gravitación, en los animales instinto y en los espíritus voluntad. En virtud de ella, la materia se inclina á su respectivo centro, las plantas á su correspondiente fruto, el animal á los bienes sensibles y el espíritu al bien racional, pero cada uno de diferente manera.

La materia se inclina á su centro; pero sin que esta inclinación se traduz-

ca en actos interiores á la materia que se inclina: todo su efecto es exterior, se refiere únicamente á la colocación de las moléculas ó de los cuerpos en el espacio, á las relaciones de lugar.

La planta se inclina, tiende á la producción de su fruto, y esta tendencia se revela en actos interiores á la misma planta, como la nutrición, circulación, asimilación, etc.; pero como carece de sentidos, como no es capaz de percibir ni la dulzura de su fruto, ni los matices de sus flores, ni el valor de su savia, ni siquiera su propia existencia, carece también de deseos, es incapaz de afectos, aspira al bien sin amarle, espera el mal sin temerle, posee el primero sin gozo, y sufre el segundo sin pena.

(Continuará.)

Máscara Inoportuna.

¡Qué alegres de un pueblo vecino á la Corte van moros y mosas al baile de máscaras! Son Carnestolendas; hay que divertirse; son Carnestolendas en que todo pasa.

De bebé la Curra, de charra la Raba, de vieja la Piza, de chula la Chena, de dama la Cnea, la Inés de paleta, y de bailarinas la Eugenia y la Paca. Y ellos, el Morrongo va de cocinero, el Gato y Pernal en arado arrastra, de un saco se ha hecho diáfrax el Tortuga, de una colcha el Churro, el Trubán de una falda.

Que si te conozco, que no me conozco diciendo y gastando bromas muy pesadas, como molinetes del circo agitados, el torpe agarrao las parejas bailan.

Son Carnestolendas, y hasta sus bromitas llega á permitirse la severa Paca, y con su esquelito, envuelto en un manto de motas de nieve, va al baile de máscaras.

Y á la bailarina Paquita abrazando con sus brazos yertos, con fría mirada y helador aliento, ¿me conoces?, dice: ¡ay! qué frío trae, le dice la Paca.

Al compás alegre del vals sofisticante, y de circo y nieve á las frías rachas, Paquita escarbachado siente sus pulmones y en medio del baile: *cae desmayada*.

La gente se agolpa, las máscaras huyen; se muere, otros dicen, llevada á su casa; la llevan, la arropan, al Médico avisan; Paquita estertora con diáfrax de máscara.

¡Nadal, pulmonía fulminante, dice el Doctor, el pulso acusa febre alta, un buen sinapismo del traje al escote y á ver si conoce, ¿me conoces, Paca?

Paquita se muere, sus ojos se vidrian, su nariz se afila, su aliento se gasta, el ritus contrae su boca, que ocupe al diáfrax, de sangre roja, bocanada.

Hija de mi vida, ¿me conoces?, dicen su madre, su tía, su abuela, su hermana; ¿qué no nos conoces?, dicen sus amigas; ¡la Uñación!, dice el Médico; no le den más lata.

Al finar la noche, fantástica sombra vestida de negro por la nieve avanza hacia una luz débil que alumbra una puerta y al llegar saludada: *pas sea á esta casa*.

Ya no se moleste, Sr. Cura, ha muerto, entre á verla, dicen, parece una santa; y ¡qué hondo suspiro lanzó el Cura hallando al paso el maldito diáfrax sobre un arca!

La Paca se ha muerto, dicen á otro día, y el diáfrax esconden todas las muchachas, y arrean á Misa, no venga la muerte y arres con ellas vestidas de máscara.

Y mientras levanaban la ceniza húmilde y el Cura decía con liturgia sacra: *sois polvo y en polvo seréis convertidas*, arriba doblaban tristes las campanas.

S. Liso y Estrada.